

nunciado a la mecánica del suspense (tampoco logrado en la película) y haberse limitado más estrechamente a la divulgación o investigación de sus supuestos. Para haber defendido la esencia de los problemas de su personaje central (asesino de mujeres por sublimar su lucha interna, la producida por un trauma infantil —su madre le hacía jugar con muñequitas—, que le ha conducido a debatirse entre sus apetencias heterosexuales y una misoginia violenta), Skaife debía haber presentado el «conflicto» con menos parábolas, más directa y valerosamente. La distorsión del auténtico nudo del conflicto aleja la atención del espectador, que puede interesarse en un principio por las situaciones puramente policíacas de la anécdota, pero que acaba perdiéndose en la maraña de confusiones que la película encierra. Confusiones, eso sí, desde un punto de vista dramático, no tanto en lo que se refiere a las intenciones de la película, claras en su reprimido juego parábólico, aunque ingenuas en sus disimulos y pedantes en su exposición.

Los problemas derivados de la represión sexual siguen sin ser tratados en el cine español. O se realiza la película cachonda y superficial destinada a desfogar al espectador reprimido, o se cuenta, con dramatismos desproporcionados, la lucha interna de un individuo sin que el autor se moleste en tratar de entender su drama privado en orden a una situación colectiva. Este último es el caso de Michael Skaife y *El asesino de muñecas*, juego privado que no alcanza más objetivo que interesar a su propio autor. Y el espectador capaz de divertirse con lo sub, en otro juego: el de dar la vuelta a lo que ve y reírse con los errores ajenos. ■ DIEGO GALAN.



Rafael, el Rafael por antonomasia de todos los nuestros, nunca fue a Granada. De pronto, los españoles nos hemos dado cuenta de esa broma pesada que el destino le ha jugado a Rafael Alberti. De pronto, los españoles, los poetas, alguno de esos cantantes que buscan la luz en la palabra de los poetas, descubrió ese verso, como perdido, en la obra de Rafael. Lo descubrió y le prestó la luz nueva e inusitada de una canción —"nunca fui a Granada"—. Ocurría así que la negatividad de un hecho se convertía en un hecho positivo. Menos por menos da más. La dolorida queja de no haber estado nunca en Granada se convertía en el hecho positivo de una canción. Pero la frase estaba ahí, y el dolor de Rafael, también. La Fundación Rodríguez-Acosta, de Granada, que atiende a hechos culturales y a promociones de arte en relación con esa ciudad, quiso seguir positivando esa negación, convertida ya en acción poética. Y así surgió esa exposición que ahora mismo exhibe conjuntamente en



Alberti en París con Francisco Moreno Galván y José Menese.

tres galerías españolas un "Nunca fui a Granada" gráfico y lírico al mismo tiempo —o "liricográfico", según la palabra usada por el mismo Rafael.—

Fundación Rodríguez-Acosta, de Granada; galería Maeght, de Barcelona, y galería Península, de Madrid: "Nunca fui a Granada", Liricografías de Rafael Alberti.

Se trata de un «libro de bibliófilo» —limitado, pues, en su tirada y rigurosamente numera-

do—, todo él grabado, tanto en su parte literaria como en su parte ilustrativa, por el propio Rafael Alberti, con todas sus páginas firmadas... Realizado todo primorosísimamente por una casa italiana de artes gráficas.

Sabido es que Rafael —ese Rafael que, como sabemos ahora por su voz dolorida, nunca fue a Granada— nunca pudo tampoco realizarse académicamente y consuetudinariamente, según el proyectaba, como pintor. Lo primero, el haber tocado el suelo de Granada, surcado por mil ríos, se lo impidió el más grande de nuestros «episodios nacionales». Lo segundo, el acceso profesional a la pintura,

se lo impidió un episodio personal: el acceso a la gran poesía. Creo que fue —ahora no lo recuerdo bien— en el año 1925 cuando un Jurado, compuesto, entre otros, por don Antonio Machado, le concedió el Premio Nacional de Literatura a su «Marinero en tierra», una obra que entonces era lateral del joven aspirante a pintor, pero que tuvo la virtud de prenderlo en la vorágine loca de la poesía. Y después, «Cal y canto» y «Sobre los ángeles», y tantas y tantas obras que ya son clásicas de la palabra de nuestro siglo. ¿Qué fue del pintor Alberti?

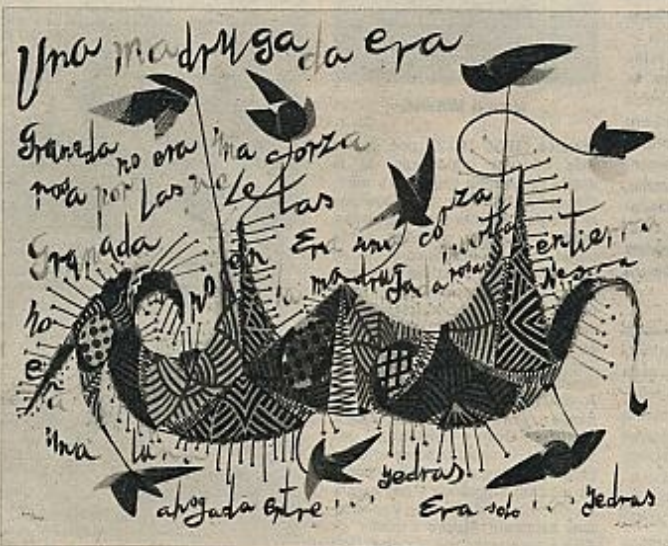
La posibilidad de creación pictórica quedó enquistada en él, sofocada por su acción poética, pero no dormida definitivamente. Alguna vez salía a relucir —le salía, sin su permiso consciente— en pequeños dibujos ocasionales, o se le manifestaba entusiasmáticamente por el vericuetos mismo de su poesía, en obras como «A la piritura», o en las glosas que fue dedicando a sus amigos los grandes pintores, como Picasso y como Miró.

Pero de pronto, como un secreto que no puede mantenerse por más tiempo, si no pudo salir aún el pintor —que ése continúa aún reprimido—, salió el gráfico que escondía Rafael Alberti en una serie de obras y de libros que quedarán modélicamente. ¿Y cómo es el gráfico Rafael Alberti? En una ocasión

dije de él, entre bromas y veras, pero más de veras, que despuntaba en él «un gótico del siglo XV» por su expresión picuda y pinchuda, que recordaba a veces... al Carpaccio dragonteo, que está en San Giorgio degli Schiavoni veneciano... Y en alguna ocasión me he referido también a esa propensión suya a unificar, como un artista oriental, la gráfica escrita con la gráfica pictoricista; esto es, a pintar como un escritor y a escribir como un pintor, como si su estudio fuera el taller de uno de esos escritores medievales que nos dejaron esas formidables Biblias y esos formidables «Beatos»... Yo creo incluso que en tanto que pintor-escritor, ésa es su máxima creación y, por supuesto, su máxima aportación al arte moderno de los españoles.

De todas maneras, esa exposición de Rafael yo no la puedo ver solamente con los ojos del crítico de arte. La veo primordialmente con la sensibilidad del español que siente el grito dolorido del amigo que no ha podido ver —y comprende que eso le falta— ese rincón granadino de su España. En la exposición se oye a veces un disco de la RCA, en el que, con música de «soleares», canta Menese las «"Soleares"» del que nunca fue a Granada, del propio Rafael. Y es inevitable que siempre, en el libro o en el disco, aparezca el recuerdo de aquel amigo de Rafael unido a Granada en su vida y en su muerte, al que la ciudad vio morir una noche fatídica de 1936: Federico García Lorca.

Esa realización de la Fundación Rodríguez-Acosta es un delicado presente a la ciudad, a Rafael y al recuerdo del amigo definitivamente ausente. Cuando vuelvan Rafael y María Teresa, creo que lo primero que tenemos que hacer es llevarlo a Granada, y desde lo alto del bosque de la Alhambra, decirle al enseñarle la ciudad: «Ahí la tienes». ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.



Liricografía del libro «Nunca fui a Granada», de Rafael Alberti.